

DISCURSO DE CONTESTACION

por AQUILINO DUQUE GIMENO

Hay una clase de españoles que un poco por gusto y otro por necesidad hemos pasado la mayor parte de la vida en el extranjero. José María Alberich es uno de éstos, que se ha pasado en Inglaterra tanto tiempo que podría decir: «England made me so», «Inglaterra me ha hecho así». Sin embargo yo, que lo conozco desde antes de salir de España, puedo dar fe de que la flema de Alberich es congénita y la llevaba puesta cuando desembarcó por vez primera en Albión. Alberich y yo somos rigurosamente contemporáneos; a la vez ingresamos en la Universidad, en el viejo caserón de la calle Laraña con la diferencia de que él lo hizo con buen pie y no se equivocó de facultad. La facultad en que entró Alberich fue para mí una facultad de recreo, con fuerte predominio femenino, y en ella encontraba todo lo que echaba de menos en mi masculina facultad de Leyes, entre otras cosas excursiones artísticas y paseos arqueológicos. Otro compañero de curso, el hoy profesor en Harvard Márquez Villanueva, que traía de los Escolapios fama de sabio, se dedicó por su cuenta y riesgo a dar clases de inglés en el laboratorio de Historia del Arte, cueva recoleta más idónea para la capa corta, el sombrero negro y el bigote blanco de don Francisco Murillo Herrera que para la oratoria oronda de don José Hernández Díaz. ¿Fueron aquellos los primeros balbuceos de Alberich en la endiablada lengua de Skakespeare? Yo lo dudo, pues Alberich llegaba de Algeciras, ciudad con dos fronteras, una natural, la del mar y Marruecos, y otra aberrante, la de Gibraltar. Hoy que toda España está llena de Gibraltares, es difícil entender cómo el hecho de venir de Algeciras podía ser, en la Sevilla de la época, algo así como venir de los umbrales del extranjero, por más que ese extranjero se redujera a un Peñón ignominioso. Ignominioso y todo, por ese maldito Peñón se nos metieron muchos viajeros que, todo hay que reconocerlo,

nos enseñaron a observar nuestras costumbres y nuestra naturaleza. Uno de los que se dieron cuenta muy pronto de este influjo fue Alberich y puede que por eso decidiera doctorarse en la entonces Universidad Central con una tesis sobre la anglofilia de la generación del 98 después de haber dedicado la tesina de Licenciatura al hispanismo de Lord Holland.

Las figuras en que Alberich centró su estudio fueron Unamuno y Baroja y justamente don Pío, en un artículo que dedicó a Maeztu, decía lo siguiente:

Maeztu nos trae sus entusiasmos anglosajones y nietzscheanos por la fuerza, por el oro, por la higiene pública, por las calles tiradas a cordel, y a nosotros nos entenece la debilidad, la pobreza y las callejuelas tortuosas, oscuras y en pendiente. Nos canta a Bilbao, a nosotros, que no pensamos más que en Toledo y en Granada, que preferimos el pueblo que duerme al pueblo que vela... por más que sueñe con otra España, la otra España no vendrá, y si viene, será sin pensarlo ni quererlo, por la fuerza fatal de los hechos... Es más: el día en que esa nueva España venga a implantarse en nuestro territorio, con sus máquinas odiosas, sus chimeneas, sus montones de carbón, sus canales de riego; el día en que nuestros pueblos tengan las calles tiradas a cordel, ese día emigro, no a Inglaterra, ni a Francia..., a Marruecos o a otro sitio donde no hayan llegado esos perfeccionamientos de la civilización.

Esa España del futuro, tan anhelada por Maeztu y tan temida por Baroja, no era más que la imagen de la Inglaterra del presente, una Inglaterra cuyo poderío se asentaba en la revolución industrial, y justamente hubo un escritor británico que se atrevió a hacer con respecto a Inglaterra lo mismo que Baroja amenazaba con hacer con respecto a España. Ese escritor fue el escocés Cunninghame Graham, de quien Alberich nos ha dicho cosas muy sustanciosas. Cunninghame Graham y Baroja se conocieron en Londres, según nos cuenta este último en sus Memorias y eso debió de ser entre 1904 y 1905. El texto que acabamos de leer es de 1899. No vamos a conjeturar quién influyó en quién ni cuál fue el contenido probable de la conversación entre ambos escritores. En todas las épocas hay ideas en el aire que antes o después hallan expresión escrita. Que las mismas ideas sedujeron al escocés y al vasco está fuera de toda duda, como lo está la seducción que ambos ejercieron sobre un hombre que hizo todo lo

contrario que ellos, como el profesor Alberich. Alberich dejó España, la España de la segunda mitad de los años 50, por Inglaterra, una Inglaterra que fue poco a poco cayéndosele encima a lo largo de seis lustros de vida profesional. Si el estudio de los anglófilos españoles del 98 lo llevó a Inglaterra, fue el de los hispanistas británicos lo que le permitió sobrellevar la nostalgia de España. Gracias a esos escritores viajeros Alberich podía escapar durante horas de la brumosa monotonía de la provincia inglesa. Y desde esa monotonía provinciana podía comprender muy bien las motivaciones que llevaban a sus héroes a la Feliz Arabia o a las fuentes del Nilo, a la Alpujarra o a la Provenza, a la Pampa o al Magreb. Esos viajes imaginarios fueron convirtiendo además a Alberich en un hombre del XIX. Lo decimonónico de Alberich es una deformación profesional de la que esta Academia es la primera en beneficiarse. En sus años de Exeter, Alberich tuvo que enseñar de todo, menos Literatura Medieval, pero como la lengua española va a más, fuera de España por supuesto, pudo incluso en aquella Universidad ampliarse la plantilla y ya pudo Alberich dedicarse a la literatura española del siglo XIX, incluidos aquellos autores cuyas vidas se prolongarían hasta mediados del XX, como don Pío Baroja.

He dicho que esta Academia se ha beneficiado de esa vocación decimonónica del profesor Alberich y sobre todo del hecho de su instalación en ese siglo de sus conocimientos eruditos. Las Academias están para dar cobijo a todos aquellos que por alguna razón o por otra no tienen sitio en el presente, pero cuando lo hacen suelen muchos de ellos dejar de venir por la Academia mientras dura esa instalación. Otros hay, por fortuna, a quienes las seducciones del presente no apartan de las épocas que han estudiado y conocen a fondo.

Vivimos sin embargo unos tiempos de un pragmatismo exacerbado, donde toda institución —abstracción hecha de las instituciones políticas— ha de justificar su utilidad. En otros tiempos la Academia ha podido ser una especie de tertulia de hombres ilustres, pero en los tiempos que corren los hombres ilustres han de demostrar que por algo lo son. La consigna «que todo funcione» se aplica ante todo y sobre todo a las Academias y por eso esta Academia se viene proponiendo incorporar a individuos que estén, no en el ocaso, sino en la plenitud de sus facultades. Este es el caso de José María Alberich. Y he aquí cómo Alberich después de soñar muchos años con una Sevilla cuasi marroquí que le devolviera todo el sol que Albión le escatimó para descansar en un letargo apacible, se encontraría con una Sevilla tre-

pidante y deseosa de contar con él en una de sus más prestigiosas instituciones. Creo que fue Juan Bautista Vico el que decía que los hombres encuentran siempre una cosa cuando andan buscando otra. José María Alberich vino a Sevilla para olvidarse entre sus libros de que existían aulas declase y salas de conferencias y por mano de quien fuera se encontró con una Academia exigente que requería sus servicios. He dicho servicios porque, aun sin compartir los criterios pragmáticos de la Modernidad, hay quien opina –y aquí en esta Academia más de uno– que no hay honor sin servicio y que un buen servicio es el máximo honor. El honor que representa la pertenencia a una Academia es pura vanidad cuando no lo justifican los servicios prestados a esa Academia y, a través de ella, a la ciudad. Y aun diré más, y es que en esos servicios prestados a la ciudad, o a la sociedad, si se quiere, una Academia es el complemento de otra institución insigne, que es la Universidad. Es inevitable que la Universidad acompañe a la sociedad civil en sus avatares históricos, y todos sabemos de qué modo han repercutido en la enseñanza en general, y en la universitaria en particular, las algaradas del 68. A las Academias no le han afectado esas mudanzas en igual medida, por la sencilla razón de que, dada la avanzada edad media de sus individuos, siempre han supuesto un contrapeso conservador. Ahora bien, ese contrapeso, necesario en la física social, nunca puede ser una rémora, cosa que ocurre cuando las Academias languidecen en la inoperancia, cuando en ellas hay más relumbre que sustancia y el honor no se sustenta en el servicio. La Academia tiene la responsabilidad de garantizar, por ejemplo, el sosiego de la investigación, el rigor del estudio, el cultivo del espíritu, sobre todo en una época en que la informática amenaza con transformar al género humano en una especie de cretinos eficaces.

José María Alberich tiene a sus espaldas una larga vida universitaria y en su haber una copiosa bibliografía; hoy que llega a la Sevilla que le describieron Lord Holland, Blanco-White o Cunninghame Graham, tiene por delante una fecunda labor investigadora y a su disposición una de las mejores bibliotecas de la ciudad. Nosotros, sus colegas, estamos seguros de que con su incorporación esta Academia puede responder con autoridad y con sabiduría a los desafíos de la Modernidad.

He dicho.